

Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur

Forty Years of *The Writing of History*. Reflections on the Historiographical Operation, from Michel de Certeau to Paul Ricoeur

Tomás Elias Zeitler
Universidad Nacional del Nordeste. Argentina
eliaszeitler@gmail.com

Abstract

During the past four decades, the studies concerning the historiographical production have adopted, as a favorite reference, what Michel de Certeau called “historiographical operation” in his well-known work *L'Écriture de l'Histoire*. On the basis on some comments on it provided by Paul Ricoeur, we shall examine the main aspects of this proposal and discuss its possible adaptation to the current requirements of the writing of history and the practice of historians.

Key Words

Historiographical operation, social place, practice, writing, structuralism, hermeneutics.

Resumen

En las últimas cuatro décadas, los estudios relativos a la producción historiográfica han tomado, como referencia predilecta, lo que Michel de Certeau denominó “operación historiográfica” en su famoso libro *L'Écriture de l'Histoire*. Tomando algunos comentarios de Paul Ricoeur sobre dicha propuesta, nos proponemos examinar los principales aspectos de la misma y discutir su posible adaptación a las actuales exigencias de la escritura de la historia y de la práctica de los historiadores.

Palabras claves

Operación historiográfica, lugar social, práctica, escritura, estructuralismo, hermenéutica.

Introducción

En las últimas décadas, distintas corrientes historiográficas y centros de investigación han otorgado centralidad a los estudios sobre el proceso de producción histórica, fundamentalmente ante la necesidad de redefiniciones que se plantean en el campo de la historia. Todo esto ha tenido como consecuencia la progresiva

implantación de la Historia de la Historiografía como una verdadera subdisciplina de la historia, con una proyección cada vez mayor en el campo de las ciencias sociales.

En estos casos, en los que el objeto de estudio de los historiadores es la misma producción historiográfica, se ha tomado como “marco” teórico-metodológico referencial, principalmente durante las últimas cuatro décadas, la propuesta de análisis de textos historiográficos o, más específicamente, de la operación historiográfica desarrollada por Michel de Certeau en su obra *L'Écriture de l'Histoire*.¹

Este modelo de análisis, que implicó también una nueva epistemología de la historia, adquirió una importante repercusión desde mediados de la década del setenta, al punto de poder ser considerado en la actualidad como un referente obligado para la aproximación a los estudios historiográficos relativos a las problemáticas de la escritura de la historia. Para un uso crítico del mismo, además de examinar sus principales elementos, atendemos en este artículo a las consideraciones que sobre él realizara Paul Ricoeur, y proponemos su adaptación a las exigencias actuales del estudio de la escritura de la historia y de práctica misma de los historiadores.

Historia y “escritura de la historia”: la operación historiográfica

Desde mediados de los años setenta, la historiografía de *Annales* dio muestras claras de renovarse respecto a las nuevas definiciones que circulaban en el ámbito intelectual y académico cuando en el primer volumen de la trilogía *Faire de l'histoire*, dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora (1974), se incorporó un artículo de Michel de Certeau sobre lo que él denominó allí *L'opération historique*.² Esta obra era sintomática de las aspiraciones historiográficas de la “tercera generación” de la escuela francesa la cual, tomando distancias de la poderosa e influyente obra de Fernand Braudel, pretendía incorporar nuevos temas y enfoques para acercar la historia a otras ciencias sociales, especialmente la antropología, partiendo de los aportes teórico-metodológicos de la lingüística, la semiología y el post-estructuralismo.

En este panorama, Certeau propuso una renovación radical en la reflexión epistemológica de la disciplina, en concordancia con algunos supuestos de la filosofía de Foucault, principalmente respecto a la influencia del presente sobre el acto de escritura del historiador.³ Esta contribución significó una entrada decisiva de Certeau en

¹ La primera edición de la obra en francés es *L'Écriture de l'Histoire* (Paris: Gallimard, 1975). En el mismo año se publicó la obra en inglés: *The Writing of History*, transl. Tom Conley (New York: Columbia UP, 1975). Utilizamos en este artículo la versión en español: Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, trad. Jorge López Moctezuma, (México: Universidad Iberoamericana, 1985). La traducción de Moctezuma es, sin dudas, una de las mejores en términos de calidad. Su autor, perteneciente a la Compañía de Jesús al igual que Certeau, dedicó gran parte de su tiempo y esfuerzo para traducir las dos obras fundamentales del historiador francés (*La escritura de la historia* y *La fábula mística*), ambas editadas por la Universidad Iberoamericana de México, institución responsable también de la publicación en español de otras obras de Certeau— generalmente bajo la revisión de Luce Giard, amiga de Certeau y a quien el autor le confiara en su testamento el cuidado de vigilar sus trabajos y controlar sus ediciones en Francia y en el extranjero—.

² Michel de Certeau, “L'opération historique”, en Jacques Le Goff, y Pierre Nora (eds.), *Faire de l'histoire. Nouveaux problèmes*, vol. 1 (Paris: Gallimard-Bibliothèque des histoires, 1974), 3-41.

³ Véase François Dosse, *Michel de Certeau. Le marcheur blessé* (Paris: La Découverte, 2002) [Esta obra fue publicada en español como *Michel de Certeau. El caminante herido*, trad. Claudia Mascarua (México: Universidad Iberoamericana, 2003)]. Del mismo autor, el artículo “Michel de Certeau et l'Histoire: entre

el ámbito intelectual e historiográfico francés como promotor de una nueva manera de concebir la historia y la escritura de la historia, que chocaba con la entonces dominante perspectiva braudeliana. En este contexto intelectual, sacudido por los debates entre estructuralismo y hermenéutica en torno al lenguaje y la producción de textos, Certeau publicaría *L'Écriture de l'Histoire*, obra fundamental para el análisis de textos historiográficos y una revisión epistemológica de la historia en la que su autor reflexionó sobre los condicionantes que influyen particularmente sobre los historiadores y sus producciones historiográficas: a saber, el lugar social de producción, los procedimientos de análisis y la construcción de un texto.⁴

La reflexión epistemológica, que se derivó de esta “opération historiographique” desarrollada por Certeau, tuvo sus raíces en de trabajos anteriores del autor sobre la historia religiosa del siglo XVII —especialmente la historia de la Compañía de Jesús, orden a la que pertenecía el autor—, los cuales le enfrentaron al problema de la imposibilidad de resucitar el pasado en la medida en que la ausencia y la alteridad parecían imponerse ante él.⁵ La imposibilidad de reconfigurar al pasado tal como es se presentaba como una aporía, resultado de una distancia insalvable entre pasado y presente que solo podía ser reconfigurada como reconstrucción del pasado muerto desde el presente vivo. Las dimensiones o variables propuestas para el análisis de los textos historiográficos, deudoras de aportes diversos provenientes del marxismo, el

le dire et le faire”, en *Littérature et sciences humaines* (Paris: Université de Cergy de Pontoise, 2001), 55-83. Sobre las contribuciones de Certeau a los estudios culturales: Ben Highmore, *Michel de Certeau, Analysing Culture* (London-New York: Continuum, 2006). Sobre el itinerario biográfico-intelectual de Certeau: Margit Eckholt, “No sin ti, El caminante herido y el Dios desconocido”, *Revista Teología*, vol. 42, 90 (agosto 2006): 281-305; M. González, “Michel de Certeau: recorridos por el creer y sus constelaciones contemporáneas”, *Revista Teología*, vol. 47, 97 (agosto 2008): 515-37; Cecilia Padvalskis, “Michel de Certeau, recorrido por sus múltiples pertenencias”, *Revista Teología*, vol. 47, 102 (agosto 2010): 189-207.

Estudios referidos a los aportes historiográficos de Certeau pueden verse en: Luce Giard, Hervé Martin y Jacques Revel, *Histoire mystique et politique: Michel de Certeau* (Brenoble: Million, 1991). Gail Reekie, “Michel de Certeau and the Poststructuralist Critique of History”, *Social Semiotics*, vol. 6, 1 (1996): 45-59. Michel B. Smith, “Michel de Certeau’s Microsubversions”, *Social Semiotics*, vol. 6, 1 (1996): 17-26. Susan Melrose, “Practices... in Theory”, *Social Semiotics*, vol. 6, 1 (1996): 83-110. Mireille Cifali, “Psychoanalyse et écriture d’une histoire chez Michel de Certeau”, en Institut d’histoire du temps présent, *Figures contemporaines de l’épistémologie de l’histoire* (Cachan: École Normale Supérieure, 2000). Torbjorn Wandel, “Michel de Certeau’s Place in History”, *Rethinking History: The Journal of Theory and Practice*, vol. 4, 1 (2000): 55-76. Philippe Carrard, “History as a Kind of Writing: Michel de Certeau and the Poetics of Historiography”, *The South Atlantic Quarterly*, vol. 100, 2 (2001): 465-82. François Dosse, “Michel de Certeau et l’écriture de l’histoire”, *Vingtième Siècle, Revue d’histoire*, 78 (2003): 145-56. Wim Weymans, “Michel de Certeau and the Limits of Historical Representation”, *History and Theory*, vol. 43 (2004): 161-78. Luce Giard, “Introducir a una lectura de Michel de Certeau”, en Carmen Rico de Sotelo (eds.), *Relecturas de Michel de Certeau* (México: Universidad Iberoamericana, 2006), 15-34. Frijhoff Willem, “Michel de Certeau (1925-1986). A Multifaceted Intellectual”, en Inigo Bocken (ed.), *Spiritual Space, History and Mysticism in Michel de Certeau* (Leuven, Paris, Walpole, MA: Peeters, 2013), 5-24. Marian Füsell, “Writing the Otherness. The Historiography of Michel de Certeau”, *Ibid.*, 25-44. Diana Napoli, “Michel de Certeau: la historia o la teatralización de la identidad”, *Historia y Grafía*, 40 (enero-junio 2013): 103-32.

⁴ Nara Victoria Crispín, “El lugar de producción de la historia: el sujeto histórico Michel de Certeau”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 34 (2007): 485.

⁵ Aunque en un primer momento Certeau propuso la expresión de *opération historique* (operación histórica) [véase Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), *Faire de l’histoire* (Paris: Gallimard, 1974), 3-41], en *L’Écriture de l’Histoire* optó finalmente por la noción de *opération historiographique* (operación historiográfica) entendida como “la relación entre un ‘lugar’ (en reclutamiento, un medio, un oficio, etc.), varios ‘procedimientos’ de análisis (una disciplina) y la construcción de un ‘texto’ (una literatura)”. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 72.

psicoanálisis y el posestructuralismo –especialmente los aportes de Michel Foucault en *L'archéologie du savoir* (1969)–, ofrecieron en ese sentido una plataforma teórico-metodológica que posibilitó la renovación de los estudios historiográficos, adaptando contribuciones de la lingüística, la semiología y las filosofías del lenguaje pero sin ceder al relativismo total al que estas podían conducir.⁶ Aunque Certeau partía de reconocer el factor subjetivo que condicionaba la escritura de la historia, y las diferentes variables que intervenían en su producción, no dejó de salvaguardar el carácter referencial externo del texto histórico.⁷

La pertinencia de esta propuesta está dada fundamentalmente por los alcances y posibilidades que ofrece a la interpretación, en tanto aquella considera los factores sociales e individuales como institucionales y discursivos. Además, hay que referirse a la compatibilidad de sus supuestos teóricos con una postura epistemológica que, si bien reconoce la importancia del lenguaje, como configurador de la realidad y de sentidos sobre dicha realidad, no limita el conocimiento al ámbito exclusivamente discursivo sino que sostiene la existencia de una realidad extra-textual, referencia última del discurso. En artículos posteriores, Certeau manifestó una postura intermedia en torno al carácter científico o ficticio de la historia, sosteniendo que la historia se sitúa en “tensión” entre ciencia y ficción.

En este dilema adquiere verdadero sentido su noción de *práctica*, que conduce a considerar a la historia –entendida siempre en Certeau como historiografía– como una actividad y no como un simple sistema de sentido.⁸

De hecho, Certeau consideraba a la escritura de la historia como una práctica resultado de una “opération historiographique” sobre la cual influyen las condiciones de su lugar social de producción, los procedimientos de análisis al alcance del investigador y la exposición final de los resultados por medio de la construcción de un texto específicamente historiográfico. De esta manera, la operación historiográfica era entendida como parte de la realidad, captándola así como actividad humana.

Esta concepción implicaba considerar a la historiografía no ya como simple investigación de la historia, sino como una operación que capta el conocimiento histórico en la acción. Al ser las condiciones previas las que organizaban el espacio para la interpretación del texto histórico, era necesario indagar no solo sobre el lugar social en el que se produce la operación historiográfica sino también las prácticas científicas que se emplean y la escritura que se construye como resultado final de dicha operación.

Sobre el lugar social, las prácticas y la escritura

La primer variable propuesta por Certeau buscaba dar cuenta del lugar social de producción de la investigación historiográfica, atendiendo a las presiones, privilegios y particularidades con las que se gestó, en tanto condicionantes de los métodos, intereses y preguntas de cualquier historiador. En otros términos, se trataba de reconocer en el discurso historiográfico las influencias del cuerpo social y la institución del saber.

⁶ Sobre los vínculos entre Foucault y Certeau véase: Jean-Paul Resweber, “L’écriture de l’histoire, Michel Foucault et Michel de Certeau”, *Le Portique*, 13-14 (2004).

⁷ François Dosse, *Michel de Certeau*, 266.

⁸ *Ibid.*, 265.

Pero Certeau no se conformaba con denotar la importancia de atender al lugar social de producción de un texto historiográfico y también avanzó decididamente en sostener la imposibilidad de no hacerlo si, como práctica, la historia pretendía alcanzar rango científico:

El discurso “científico” que *no habla* de su relación con el “cuerpo” social, no puede dar origen a una práctica, deja de ser científico, y esto es muy importante para el historiador, pues en esta relación con el cuerpo social está precisamente el objetivo de la historia. No podríamos dejar de tratarla sin poner en tela de juicio al mismo discurso historiográfico.⁹

Siguiendo esta línea, los estudios historiográficos debían analizar la producción de los historiadores como una operación historiográfica situada dentro de un conjunto de prácticas, que incluyen interpretaciones, métodos, definiciones y uso de fuentes. A su vez, estas prácticas solo adquirirían verdadero sentido en su relación con el otro: a saber, el público y los pares. Debían dar cuenta de la situación social que influyó sobre el modo del trabajo y el tipo del discurso de los historiadores, en tanto que esto constituye lo no-dicho del texto, únicamente posible de conocer mediante un análisis de la relación que mantiene el discurso histórico con el lugar social en el que se produce y los límites y posibilidades que este configura, tanto por las instituciones que posibilitan y respaldan la práctica historiográfica como por los pares que avalan o rechazan el producto de la investigación.¹⁰

En el primer caso, respecto a los condicionantes institucionales, Certeau afirmaba que:

Es pues imposible analizar el discurso histórico independientemente de la institución en función de la cual se ha organizado su silencio, o pensar en una renovación de la disciplina, que quedaría asegurada por la sola modificación de sus conceptos, sin que intervenga una transformación de las situaciones adquiridas.¹¹

En el segundo caso, referido a las relaciones que el autor mantiene con los pares, Certeau sostenía que:

Un estudio particular será definido por la relación que mantenga con otros, contemporáneos, con un estado de la cuestión, con las problemáticas explotadas por el grupo y los puntos estratégicos que se van formando junto con los avances y las desviaciones determinados o vueltos posibles en lo referente a una investigación en curso.¹²

Además, como es el lugar social el que permite o prohíbe las investigaciones es precisamente en esta combinación de lo posible y lo imposible como:

[...] la historia se define completamente por una *relación del lenguaje con el cuerpo* (social), y por consiguiente por su relación con los *límites* que impone dicho cuerpo, sea al modo propio del lugar desde donde se habla, sea al modo propio del objeto-otro (pasado muerto) del que se habla.¹³

⁹ Michel de Certeau, *La escritura*, 78-79.

¹⁰ En este sentido, lo “no-dicho” no implica en sentido estricto una “ausencia”: veremos luego cómo esta noción aleja a Certeau de la perspectiva trazada por Foucault, con el fin de evitar caer en un mero “discurso sobre el discurso” para salvaguardar así la referencialidad externa del texto.

¹¹ *Ibid.*, 79.

¹² *Ibid.*, 81.

¹³ *Ibid.*, 87.

El alcance de esta idea de límite en la propuesta de Certeau es probablemente el punto que más controversias puede generar, y por eso retomaremos esta cuestión en el análisis de la segunda variable de su modelo.

La segunda variable de análisis parte de la afirmación de que “hacer historia” es una práctica.

Al colocarse en el nivel de esta práctica, el historiador no encuentra más la dicotomía de que opone lo “social” a lo “natural”, sino la conexión entre una socialización de la naturaleza y una naturalización (o una materialización) de las relaciones sociales.¹⁴

Más específicamente, la historiografía es una operación científica que, mediante el uso metodológico de diversas técnicas de producción, busca trabajar sobre un material para transformarlo en historia.¹⁵ Estas técnicas incluyen la selección y clasificación de los documentos y fuentes que se emplean, considerados como objetos abstractos de un saber elaborado a partir de un trabajo científico.

Dicho trabajo es “científico” si realiza una redistribución del espacio, lo que implica darse un lugar por el “establecimiento de fuentes”, es decir por una acción que instituye y por técnicas que transforman. Pero además del uso de técnicas que hacen posible la construcción de objetos de investigación, la acumulación y explotación de datos, la práctica historiográfica implica también la construcción de modelos y la asignación de una “significabilidad” a los resultados obtenidos, a partir de las diferencias que se encuentren a los modelos en tanto manifestaciones heterogéneas al mismo.

Aquí surge un problema central, que retomaremos más adelante, y que tiene que ver con la relación que establece Certeau entre lo diferente y lo heterogéneo, cuestión que no solo lo aparta del análisis de Foucault sino que además asimila la diferencia a la desviación.

Este argumento lleva a Certeau a sostener que, consideradas así las cosas, se puede introducir una inversión en los procesos de la historia: si antes el historiador buscaba borrar lo diverso para unificar los datos en una comprensión coherente, ahora se observa que la investigación histórica fija de antemano una coherencia inicial que estructura no solo el proceso de búsqueda y análisis sino también a la escritura misma:

En efecto, el estudio se establece en nuestros días desde el comienzo sobre unidades que el mismo estudio define, en la medida en que es capaz y debe ser capaz de fijarse a priori objetos, niveles y taxonomías de análisis. La coherencia es inicial.¹⁶

Es precisamente a partir de esta coherencia inicial, impuesta a la historiografía del siglo XX por la cantidad de información acumulada y disponible, como la investigación cambia de frente: “Apoyándose sobre totalidades formales establecidas por decisión, se dirige hacia las desviaciones que revelan las combinaciones lógicas de series y se desempeña mejor en los límites”.¹⁷

¹⁴ *Ibid.*, 90.

¹⁵ *Ibid.*, 91.

¹⁶ *Ibid.*, 99.

¹⁷ *Ibid.*, 99.

Es en esta instancia como vuelve a surgir, pero con mayor fuerza argumentativa, la cuestión del trabajo en el límite y la noción de desviación. Si bien se puede señalar en esta idea una deuda con la filosofía de Foucault, en realidad para Certeau el trabajo en el límite tiene que ver con una estrategia de la práctica histórica desarrollada como reacción a la pérdida de su lugar central en la epistemología del siglo XX –consecuencia de una crisis ontológica de la realidad–. Razón por la cual la historia, al perder su función totalizadora, “interviene en el modo de realizar una experimentación crítica de modelos sociológicos, económicos, psicológicos o culturales”.¹⁸

En este funcionamiento, la historia establece nuevas relaciones con lo real, por un lado, a través del hecho histórico, y con la razón, por otro, mediante el uso de modelos. En primer lugar, este retorno al hecho –que Certeau atribuye principalmente a la contribución de Paul Veyne– no conduce a una emergencia de la realidad, sino a una relación con lo diferente –“el hecho es la diferencia”, afirma Certeau– por medio de una operación abstracta: “Todo el acontecimiento se refiere a una combinación, de series racionalmente aisladas, entre las cuales él es capaz de marcar a su vez los cruzamientos, las condiciones de posibilidad y los límites de validez”.¹⁹

Ahora bien, esta operación no sería posible sino a partir del uso de modelos desarrollados por otras ciencias. La idea, deudora de los argumentos de Pierre Vilar y Pierre Chaunu,²⁰ es retomada por Certeau para darle un nuevo sentido: vincular la diferencia –la diferencia del modelo a partir de los límites– con una desviación. Concluye así que: “Una táctica de la desviación especificaría la intervención de la historia”, ya que: “La inteligencia de la historia está ligada a la capacidad de organizar diferencias o ausencias significativas y jerarquizables, por que se refieren a formalizaciones científicas actuales”.²¹

De esta manera, Certeau identifica una paradoja en la práctica del historiador: “Él confronta las formalizaciones científicas, que escoge para ponerlas a prueba, con los objetos no científicos con los cuales está llevando a cabo dicha prueba”.²²

El problema se genera cuando, según parece dar a entender Certeau, toda la práctica de la historia se oriente y se rige por esta única modalidad, a saber, la de poner a prueba los modelos científicos en contextos históricos determinados. Si ese es el verdadero sentido y alcance de trabajo en el límite es de esperarse que las críticas, o al menos las reservas, cobren fuerza para sostener que, en todo caso, esta puede ser una de las estrategias posibles que el historiador puede usar en su práctica científica, pero de ninguna manera la única. Aún en los casos en que esta sea recurrentemente, la vía escogida se aplica no tanto para corroborar el modelo como para usarlo a modo de instrumento de análisis para explicar/comprender la realidad pasada.

¹⁸ *Ibid.*, 101.

¹⁹ *Ibid.*, 103.

²⁰ Certeau se remite a un artículo de Pierre Vilar – “Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores”, *Revue historique*, CCXXXIII (1965): 293-312 – en el que sostenía que la función de la historia era analizar las condiciones en las cuales los modelos desarrollados por las ciencias sociales podían tener valor. Similar argumento también se encuentra ya en Pierre Chaunu (“Historia cuantitativa o historia serial”, *Cahiers Vilfredo Pareto*, vol. 3 [1964]: 165-76).

²¹ *Ibid.*, 105.

²² *Ibid.*, 106.

A pesar de estas reservas, la idea de límite puede ser igualmente útil para un estudio historiográfico en el momento de evaluar la originalidad –o si se prefiere el grado de innovación– de las tesis sostenidas por un historiador, a partir de la relación y significatividad que las mismas adquieren con el campo historiográfico (relación del lenguaje con el cuerpo): en otros términos, la relación con lo ya producido (lugar desde donde se habla) y/o lo ya conocido (lo otro de lo que se habla).

Pero esto último, “lo otro de lo que se habla”, también supone un cambio historiográfico que Certeau percibe a lo largo del siglo XX, al menos en tres aspectos. Primero: que lo otro de lo que la historia habla ya no sigue un sentido, en relación a una filosofía o teleología, sino que presenta diferencias significativas, las cuales son fabricadas a partir de la excepción, de la desviación, en relación a construcciones formales presentes, generando así una mutación del sentido o de lo “real” en el conocimiento histórico. Segundo: lo otro de lo que habla la historia se refiere a lo particular –objeto privilegiado de un enfoque comprensivo– que actúa como el límite de lo pensable desde el fondo de una formalización, generando así un interrogante –función– que remite a actos y personas –significación–. Tercero: lo otro de lo que nos habla la historia ya no es la referencia al pasado sino la representación de una diferencia a partir del distanciamiento del presente, generando así un doble efecto: “historiciza” lo actual como lugar del que se habla y representa/simboliza la ausencia del pasado en el presente para indicar al futuro la posibilidad de superación.²³

Para explicarlo en otras palabras –si hemos entendido bien a Certeau–, y considerando también el lugar social desde donde escribe, podemos sintetizarlo así: los argumentos, que fueron esgrimidos como crítica a la influencia de la perspectiva hermenéutica en la historia, introducen una instancia crítica contra una forma de hacer y escribir historia que reemplaza, en este nuevo funcionamiento de la operación historiográfica, el sentido por la diferencia, lo universal por lo particular y el compromiso por el distanciamiento. Volveremos sobre esta noción de distanciamiento más adelante, pero por ahora nos interesa señalar el uso específico que puede hacerse de estos presupuestos.

Lo que puede resultar provechoso aplicar en un estudio historiográfico sobre la producción de los historiadores, a partir de las nociones de desviación, límite y particular, es el análisis de la estrategia adoptada en el abordaje de distintas problemáticas históricas (intelectuales, socioeconómicas, políticas, conceptuales, etc.) en relación al estado de la cuestión que presentaba cada una de ellas en el momento de su producción. Esto permitiría corroborar si esas propuestas, según la coherencia interna que las mismas presentan, responden o no al hecho de que dichas investigaciones pudieron dirigirse a las “desviaciones” – sean carencias o lagunas – que presentaban los estudios historiográficos en una época determinada, y que por lo tanto se desarrollaron en los “límites” de la misma; por ejemplo, en conceptos interpretados anacrónicamente o en casos de estudio “particulares” abordados en forma marginal.

La tercera variable que da cuenta de la operación historiográfica realizada por el investigador, implica un análisis crítico sobre la producción y articulación del discurso histórico en una escritura. Una escritura que solo adquiere su sentido histórico si se reconoce su apoyo en el lugar social y en la práctica de la desviación.

²³ *Ibid.*, 106-9.

La representación –escenificación literaria– no es “histórica” sino cuando se apoya en un “lugar social” de la operación científica, y cuando está, institucional y técnicamente, ligada a “una práctica de la desviación” referente a modelos culturales o teóricos contemporáneos.²⁴

Ahora bien, el discurso –al igual que la práctica– también impone reglas a la operación historiográfica dado que genera inversión y coacción sobre el resultado de la investigación. Primero, porque invierte el espacio por el tiempo o, dicho de otra manera, porque a partir del lugar social en que se produjo la investigación bajo las reglas de la práctica, la escritura impone un orden cronológico al pasado estudiado.²⁵ Segundo, porque a la táctica de la desviación la escritura impone la estructura de la conclusión –lo heterogéneo cede a la unidad–. Tercero, porque la escritura vuelve presente lo que la práctica tomaba como límite.

Pero aún con reglas distintas, escritura y práctica no se contradicen, más bien se interrelacionan:

De hecho, la escritura historiadora –o historiografía– permanece controlada por las prácticas de donde resulta; más aún, ella es en sí misma una práctica social que fija a su lector un lugar bien determinado al redistribuir el espacio de las referencias simbólicas.²⁶

Como práctica social, la escritura se desplaza en la ambivalencia de “hacer la historia” –escritura performativa– y “contar historias” –escritura para leerse en un espejo–. Es precisamente en este sentido en el que para Certeau la escritura de la historia esconde secretos, en tanto que oculta las prácticas políticas detrás de la práctica historiográfica. El interrogante clave consistiría en preguntarse: “¿Qué es lo que fabrica el historiador cuando se convierte en escritor?”²⁷ He aquí la respuesta de Certeau:

Primeramente, una cronología o ley enmascarada (volvemos a la primera coacción de la escritura). Si bien la historiografía francesa –contemporánea de Certeau– tendía a una visión estructural de la realidad como escape a la cronología, no por eso dejaba de plantear un tiempo de las cosas que condicionaba el tiempo discursivo: la escritura remitía así de un tiempo real a un tiempo referencial a partir del cual, y mediante el texto narrativo, puede establecerse un orden de sucesión que permita incluso volver compatibles a los contrarios. Es decir, que aún los acontecimientos o afirmaciones opuestos pueden encontrar un lugar en el escenario que el relato narrativo hace posible, entre un antes y un después en el tiempo referencial, para los imposibles en un tiempo real.

En este punto, los argumentos de Certeau están ligados a supuestos de la lingüística estructural de Émile Benveniste y la semiología de Roland Barthes. Del primero toma la distinción entre discurso y relato para sostener así que la historiografía es un relato que funciona de hecho como discurso. Del segundo sigue la tesis de que la historia como relato ocupa el lugar de un silogismo, pues cuando explica es entimemático.

Benveniste, en *Problemas de lingüística general*, diferenciaba tres tiempos: el físico –uniforme, infinito, lineal, segmentable–, el crónico –sucesión de

²⁴ *Ibid.*, 109-10.

²⁵ *Ibid.*, 110.

²⁶ *Ibid.*, 111.

²⁷ *Ibid.*, 112.

acontecimientos– y el lingüístico –orden del tiempo en el discurso–.²⁸ En este último tiempo, la diferencia entre relato y discurso era de capital importancia: mientras que el relato se refiere a un modo de enunciación que excluye los deícticos y el tiempo verbal presente, el discurso como modo de enunciación que se da entre un hablante y un oyente implica el uso de deícticos de primera y segunda persona y los tiempos verbales presente y futuro.²⁹

Por su parte, Barthes en su análisis sobre el discurso de la historia partía del interrogante acerca de si realmente existían diferencias entre la narración racional de la historia y la narración imaginaria. Para responder a esto rastreaba el paso de la enunciación, es decir las condiciones en y desde las que se habla, al enunciado o, más específicamente a su tema de estudio, aquello de lo que habla la historia, identificando en este último tres clases de unidades del contenido que podían aproximar la historia a la ficción: segmentos del discurso que remiten a la metáfora (es decir a un significado implícito), fragmentos que remiten al silogismo entimemático (que introduce una inteligibilidad no simbólica en el discurso histórico) y funciones del relato que agrupan lo disperso por medio de series o secuencias. A partir de estas unidades es posible identificar tres tipos de historia según el modo del discurso dominante en cada una: aquella que se acerca a la forma metafórica, la que sigue una forma metonímica y la historia estratégica.³⁰

Quizás lo más cuestionable del análisis de Certeau es que parecería hacer de una de las unidades de contenido que identifica Barthes el contenido de toda la escritura de la historia –con lo cual su propio argumento no sería más que una sinécdoque–. Y a diferencia del semiólogo francés (quien, circunscribiendo su análisis a las formas del relato histórico clásico), si bien abría el interrogante sobre si el silogismo entimemático subsistía en las historias recientes, se apresuraba a reconocer la existencia de esa tercer unidad que constituía el contenido particular de otro tipo de historia.³¹

Expuestos así los argumentos, nos interesa señalar y delimitar dos cuestiones. En primer lugar, aun aceptando la premisa de que “la historiografía es un relato que funciona de hecho como discurso” –como según vimos sostiene Certeau– y que por lo tanto la narración sería el modo predilecto del discurso histórico, debemos señalar –y en este punto seguimos el análisis crítico del discurso que realiza el lingüista holandés Teun Van Dijk– que es necesario diferenciar entre una narrativa natural y una narrativa artificial: la primera, ordena una secuencia de acontecimientos persiguiendo una intención de verdad; la segunda, queda limitada al ámbito de la ficción. En este sentido, y aun aceptando que la historiografía “es un relato que funciona como discurso” –en el sentido de Benveniste–, entendemos aquella como un relato con pretensión de verdad. En segundo lugar, aunque se pueda identificar un tipo de relato histórico que guarda la apariencia de un silogismo, porque “cuando explica es entimemático”, no toda historiografía es necesaria y exclusivamente de este tipo, como incluso ya lo advertía Barthes.

²⁸ Émile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, 2 vols. (Paris: Gallimard, 1966, 1974).

²⁹ Pero esta distinción también podría deberse no tanto a la presencia o ausencia de formas deícticas como a la situación de enunciación o al enunciado al que se refiera.

³⁰ Roland Barthes, *El susurro del lenguaje, más allá de la palabra y de la escritura*, trad. C. Fernández Medrano (Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones Paidós, 1987), 163-77.

³¹ *Ibid.*, 173.

Lo anterior puede ser útil en los estudios historiográficos para atender primeramente a la “arquitectura” estable de los elementos, reglas y conceptos históricos que construyen los historiadores en sus obras, a fin de dar una coherencia interna a su argumentación y dotarla de sentido. Lo que interesaría en este punto es ver en qué medida la escritura particular de cada obra historiográfica impone al material de estudio un orden cronológico, una unidad conceptual y una continuidad o discontinuidad entre pasado y presente. Esto posibilitaría la reflexión sobre lo dicho y lo no-dicho en el texto para dar cuenta no de las carencias del autor sino del control ejercido por las prácticas científicas, aceptadas y reconocidas, en el campo historiográfico en el que se desarrolló.

Consideraciones hermenéuticas sobre la escritura de la historia

Aunque en términos generales el modelo de Certeau resulta útil y pertinente para investigaciones sobre historia de la historiografía, la cuestión de la escritura historiadora pone de relieve, probablemente, uno de los problemas teórico-metodológicos centrales de la operación historiográfica que es la narratividad del discurso histórico: una operación y un instrumento encargado de hacer inteligible la realidad histórica abordada y de mantener estable el discurso, articulando acontecimientos y procesos históricos. Según la propuesta de Certeau, precisamente es el discurso histórico el que impone reglas que “son las de un texto que organiza lugares con el fin de una producción”.³²

Justamente es esta la razón de que en un principio la propuesta de Certeau fuese discutida por Paul Ricoeur, quien desde su particular filosofía hermenéutica y reflexiva indagó especialmente sobre las relaciones entre *Temps et récit*, llegando a conclusiones epistemológicas más radicales que implicaban un acercamiento entre el relato de ficción y el relato histórico, en tanto que ambos tenían a la narración como tropo lingüístico privilegiado de su discurso.³³

En el Tomo I “L’intrigue et le récit historique”, de *Temps et récit*, Ricoeur partía de una crítica a las primeras tesis narrativistas (Arthur C. Danto, W. B. Gallie, Louis O. Mink) que prepararon el camino para la explicación por medio la trama propuesta por Hayden White y Paul Veyne. En sus reflexiones sobre los supuestos presentes en *Metahistory*, Ricoeur señalaba que el historiador norteamericano llevaba a sus límites últimos la caracterización de la historia como escritura: Certeau buscaba comprender la escritura de la historia, para White la escritura no era exterior a la concepción y a la composición de la historia pues era constitutiva del modo histórico de comprensión.³⁴

Esta diferencia resulta significativa a nuestro objetivo de comprender los aportes y límites de la propuesta de Certeau, que Ricoeur retomó nuevamente en el tomo III de *Temps et récit* (“Le temps raconté”), para clarificar las implicaciones de la operación historiográfica. Ricoeur señaló la proximidad de las nociones de Certeau sobre el lugar social de producción con la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt pero destacando que: “Ciertas fórmulas de Michel de Certeau van mucho más lejos en el sentido del

³² Michel de Certeau, *La escritura*, 114.

³³ Paul Ricoeur, *Temps et récit. Tome I: L’intrigue et le récit historique* (Paris, Le Seuil, 1983) ; *Tome II: La configuration dans le récit de fiction* (Le Seuil, 1984) ; *Tome III: Le temps raconté* (Le Seuil, 1985). En este texto citaremos por la edición en español (infra.).

³⁴ Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración. Tomo I: Configuración del tiempo en el relato histórico*, trad. Agustín Neira (México: Siglo XXI Editores, 2004), 269 (primera ed. 1987).

marxismo clásico y sugieren una relación, demasiado lineal y mecánica, a mi entender, entre la producción histórica y la organización social”.³⁵

El señalamiento crítico es lógico, si consideramos las afirmaciones en las que se basa Ricoeur, y que ponen en evidencia la relación dependiente entre historia y lugar social de producción en la propuesta de Certeau.³⁶ Pero también debemos considerar que la atención de Ricoeur está puesta en el uso que Certeau hace de la noción de diferencia-desviación, anclada en la lingüística estructural, la semiología y la filosofía del lenguaje.

Es cierto que la noción de diferencia, que nace con la intención de comprender lo otro, fue adoptada tanto por Veyne como por Certeau para suplantar a la alteridad del pasado histórico, pero si en Veyne la diferencia se basaba en la individualización que da origen a la variante –supuesto lógicamente correcto pero que excluye la temporalidad al hacer de la historia una explicación de lo invariante–, en Certeau la comprensión de la diferencia solo pretendía superar la simple oposición a modelos para significarla en términos de desviación, algo que solo es posible de atender a partir del progreso de la modelización, es decir del desarrollo de formalizaciones científicas presentes.³⁷

La innovación de Certeau sería entonces considerar a las diferencias, en tanto desviaciones a partir del trabajo sobre el límite, como heterogéneas de las invariantes: el problema es que con esto incurría en una “ontología negativa del pasado”.³⁸ Esta crítica de Ricoeur –al menos en este punto, ya que mostrará un mayor acercamiento a Certeau en torno a la noción de deuda– debe ser comprendida en relación con una ausencia conceptual que el filósofo francés perseguía.³⁹ Para Ricoeur, el uso que Certeau hacía de la noción de representación estaba ligada a la idea de distanciamiento, y esto implicaba que la misma era aún entendida como simple “reduplicación mental de la conciencia”. Esto sería, si hemos entendido bien el argumento, en un sentido contrario a todo fundamento ontológico del pasado histórico a partir del cual debía ser considerada, siguiendo la noción de analogía de Aristóteles, como una forma de construcción del pasado a partir de la narración de la experiencia temporal del hombre.

Pero si en *Temps et récit*, desde una fenomenología hermenéutica que intentaba fundamentar la experiencia temporal del hombre por medio de la narración, Ricoeur disientía de la propuesta de Certeau –especialmente por el conflicto de interpretación que generaba la noción de desviación y representación–, en *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (Le Seuil, 2000)⁴⁰ encontramos por el contrario un acercamiento positivo en sus reflexiones sobre la epistemología del conocimiento histórico. Aquí Ricoeur intentaba defender la autonomía del conocimiento histórico respecto de la memoria, o del fenómeno mnemónico, como fundamento epistemológico necesario para una historia

³⁵ Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración. Tomo III: El tiempo narrado*, trad. Agustín Neira (México: Siglo XXI Editores, 2009), 852.

³⁶ Ricoeur cita afirmaciones de Certeau como “La práctica histórica es completamente relativa a la estructura de la sociedad” o “La historia es configurada totalmente por el sistema en el que se elabora”.

³⁷ Sobre antecedentes y continuidad epistemológica entre Paul Veyne y Michel de Certeau véase el artículo de Rodrigo Castro Orellana, “Michel de Certeau: Historia y Ficción”, *Ingenium*, 4 (julio-diciembre 2010): 107-24.

³⁸ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, 853.

³⁹ *Ibid.*, 863.

⁴⁰ De esta obra, existe al presente una sola traducción al español realizada por Agustín Neira Calvo editada por Fondo de Cultura Económica en 2004 y 2008, reimpresa en 2010.

que pretenda ser disciplina científica.⁴¹ Según reconocía Ricoeur, en *La mémoire* adoptaba en sus grandes líneas la estructura triádica del ensayo de Michel de Certeau, aunque otorgándole en determinados puntos contenidos diferentes.

La primera diferencia la hace notar en la designación misma de las dimensiones, para las que Ricoeur propone el término “fase”, con el fin de referirse así a los segmentos de la operación historiográfica, sin darle un sentido cronológico como estadios sucesivos, sino para considerarlos como momentos metodológicos imbricados. De esta manera, Ricoeur intentaba evitar el equívoco de la sucesividad y de la relación infraestructura-superestructura.

Ricoeur distinguía así tres fases en la operación historiográfica: fase documental, fase explicativa/comprendida y fase representativa. La fase documental refería a lo que el autor denominaba la “memoria archivada”, que implicaba una “desconexión de la historia respecto de la memoria en el plano formal del espacio y el tiempo”.⁴² Si la memoria archivada conlleva inevitablemente el problema de la validez de la prueba documental, no menos inconvenientes genera la memoria declarativa, que se ha exteriorizado en el testimonio y cuya fiabilidad son igualmente relativas.

Ricoeur trasladaba así el principio del problema de la veracidad/validez, no al texto que narra la acción, sino a la acción misma acontecida o, más bien, al recuerdo que se conserva de dicha acción. Surgía así la necesidad de atender a diversos factores o momentos –según la preferencia terminológica de Ricoeur– (espacio habitado, el tiempo histórico, el testimonio, el archivo y la prueba documental), los cuales constituían a su entender la plataforma para una interpretación reflexiva y crítica de la fase documental.⁴³

La fase explicación/comprender constituye uno de los puntos nodales de la reflexión de Ricoeur, la piedra angular sobre la que descansa todo su esfuerzo filosófico por fundamentar una fenomenología hermenéutica que hace de la explicación estructural y la crítica de las ideologías –posturas antagónicas a la tradición hermenéutica y fenomenológica– la condición necesaria para la comprensión e interpretación. A este fin, Ricoeur introdujo la noción de representación, considerada en esta fase como objeto y no todavía como operación historiográfica, en tanto que aquí desempeñaba la función de referente privilegiado, junto al económico, el social y el político.

En su reflexión, Ricoeur se interesaba en el rastreo de los préstamos y distanciamientos entre las propuestas de Certeau y Foucault, claramente con la intención de remarcar las suyas propias respecto al segundo. Analizó primero la noción de “práctica historiográfica” que Certeau empleó para referirse a la investigación, concluyendo que, aunque esta partía de la idea foucaultiana de separación, adquiriría un “sello propio” en tanto modalidad que redistribuye el espacio y produce un lugar. Por

⁴¹ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, trad. Agustín Neira Calvo (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 175 (primera ed. 2004). Para un acercamiento a las relaciones entre Ricoeur y Certeau puede verse también el artículo de Esteban Lythgoe, “Pasado y presente en Paul Ricoeur y Michel de Certeau. Algunas consideraciones”, *Tópicos*, 18 (julio-diciembre 2009), http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1666-485X2009000200004&script=sci_arttext [consulta 27 mayo 1014].

⁴² Paul Ricoeur, *La memoria*, 189.

⁴³ *Ibid.*, 189-236.

otra parte, de Foucault también provenía la idea de “desviación”, pero mientras que para este las diferencias creaban desviaciones a partir de modelos, para Certeau las diferencias/desviaciones eran producto del trabajo límite que podía realizar un historiador.⁴⁴ Finalmente, si el distanciamiento de Certeau respecto a Foucault tenía que ver con el problema de la ausencia a la que la noción de desviación podía conducir, para Ricoeur la diferencia se encontraba en torno a la producción del lugar que en Foucault quedaba limitada a un discurso sobre el discurso, pero que en Certeau remitía a una relación entre discurso y práctica.

El enfoque global que desplegó Ricoeur se distanciaba así de la propuesta de Certeau complementándola con una dimensión más dinámica y dialéctica que, deudora del cambio de escala introducido por la microhistoria y los estudios históricos de las prácticas sociales y las representaciones, permite ensanchar la mirada para comprender la complejidad del juego social, en el que interactúan tanto condicionantes estructurales como representaciones e intereses individuales.

Es en este sentido en el que, para Ricoeur la idea de desviación empleada por Certeau no podía agotar los recursos combinatorios entre cuadros dibujados a escalas diferentes, por lo que era necesario una mirada dialéctica entre lo macro y lo micro a la hora de interpretar un texto histórico o a la operación historiográfica que lo hizo posible.

Esta dialéctica de las escalas era posible de aplicar no solo a las relaciones de eficacia o coerción sino también a los grados de legitimación, en los que interactúan tanto normas institucionales como estrategias individuales de justificación, y a los aspectos no cuantitativos de los tiempos sociales, ya sea introduciendo nociones no mensurables como la idea de intensividad –para superar el modelo de Fernand Braudel sobre las duraciones– o remitiendo a la categoría de incertidumbre –útil para romper con la noción de “estabilidad” propia de Foucault–.

En otras palabras: lo macro no puede explicar toda la complejidad del campo social porque en él también intervienen representaciones y prácticas individuales. En este sentido, para Ricoeur la idea de “mentalidades” debía ser reemplazada por la de “representación”, noción que la superaba en cada una de las variaciones de escalas.

Es a partir de esta instancia cuando, desde la perspectiva que venimos sosteniendo, la propuesta que despliega Ricoeur en la tercera fase (“La representación historiadora”) supone una contradicción, puesto que en ella, desde su particular filosofía hermenéutica, es donde el propio autor busca fundamentar su tesis central: que la historia es, de principio a fin, escritura.⁴⁵ Se puede reprochar entonces que la tesis también está presente en Certeau, y en cierto sentido es verdad, pero aparece siempre ligada a otra: la que afirma que la escritura es una práctica social, con lo cual Certeau logra salvaguardar la historiografía de quedar presa en un ámbito puramente discursivo

⁴⁴ Esto es así, siempre y cuando el historiador no considere al acontecimiento que constituye la diferencia como simple variante del modelo invariante –que lo mantiene circunscripto al ámbito del discurso–, sino como un acontecimiento particular situado en el límite de lo pensable –lo que implicaba extraerlo de la instancia puramente discursiva–.

⁴⁵ Diferente es la posición de Michel de Certeau que sostiene que: “Toda doctrina que rechaza en historia su relación con la sociedad, queda en el campo de lo abstracto. Niega lo mismo que la está produciendo”. (*La escritura*, 78).

y textual, en tanto que las prácticas siempre tienen que ver con un lugar social en el que se producen.

Así, la tesis de Ricoeur, ya presente en *Temps et récit* adquiere nuevo vigor en *La mémoire, l'histoire, l'obli*, con una diferencia sustancial respecto al motivo que impulsó cada una: la primera interesada en la relación entre narratividad y temporalidad y la última enfocada en el fenómeno mnemónico a partir de, y junto a, la noción de representación.

Consideraciones finales

Como sabemos, no es posible abordar un hecho o fenómeno de la realidad sin una adecuada conceptualización, es decir, sin referencias teóricas y conceptuales que constituyen la base sobre la que se pretende fundamentar una nueva investigación. Precisamente, el marco teórico es un sistema coordinado y coherente tanto de conceptos como de proposiciones que permiten abordar una problemática de manera compleja y crítica.

En este sentido, la propuesta de *opération historiographique* que ofreció Michel de Certeau a mediados de la década del setenta del siglo pasado aún constituye una contribución fundamental para los estudios de historia de la historiografía. Las revisiones y consideraciones que Paul Ricoeur realizó desde su particular hermenéutica reflexiva permiten reactualizar la propuesta del historiador francés plasmada en *L'Écriture de l'Histoire*.

En este artículo hemos expuestos algunos de los puntos principales de este modelo, es decir las cuestiones en torno al lugar social de producción, las prácticas historiográficas y la misma escritura de la historia. Atendimos especialmente aquellas cuestiones que considerábamos más discutibles, como las que refieren a las nociones de diferencia, desviación y representación, no solo desde sus aspectos teórico-metodológicos sino también sobre sus implicancias epistemológicas.

Como vimos, Michel de Certeau partía de considerar a la escritura de la historia como una práctica, es decir, como una operación historiográfica sobre la cual influyen las condiciones de su lugar social de producción, los procedimientos de análisis al alcance del investigador y la exposición final de los resultados por medio de la construcción de un texto específicamente historiográfico.

De esta manera, la operación historiográfica era entendida como parte de la realidad, captándola así como actividad humana, esto es, como una práctica. La importancia de esta concepción radicaba, precisamente, en el hecho de considerar a la historiografía no ya como simple investigación de la historia sino como una operación que capta el conocimiento histórico en la acción.

La pertinencia de esta propuesta está dada fundamentalmente por los alcances y posibilidades que ofrece tanto a la interpretación –porque considera factores sociales e individuales como institucionales y discursivos– como a la crítica, fundamentalmente por la compatibilidad de sus supuestos teóricos en relación a una postura epistemológica que, si bien reconoce la importancia del lenguaje como configurador de la realidad y de

sentidos sobre dicha realidad, no por eso limita el conocimiento al ámbito exclusivamente discursivo.

Por todo esto, y a pesar de los cuestionamientos que puedan hacerse a la propuesta de Certeau, no podemos dejar de reconocer que en las cuatro décadas transcurridas desde la publicación de *L'Écriture de l'Histoire*, en 1975, los estudios de historia de la historiografía han fructificado en muchos campos nutriéndose de los conceptos y reflexiones en ella vertidos.

Profile

Tomás Elías Zeitler has been Professor of History at the Universidad Nacional del Nordeste (UNNE, Argentina) since 2006, obtaining his PhD in History at the Universidad Nacional de Córdoba (UNC, Argentina) in 2014. He is currently giving classes of History of historiography (UNNE), Foundations of Sociology (Universidad de Ciencias Sociales y Empresariales, UCES) and Social Sciences (UNNE). He is also teacher-researcher in the Project “Political of memory and public uses of the history in the Argentine Northeast” and member of the Group of the History of Historiography. Between 2008 and 2013, he enjoyed scholarships from the General Secretariat of Science and Technology of the UNNE, having published several articles in specialized journals, mainly on recent Argentine historiography and theoretical and methodological aspects of history.

Tomás Elías Zeitler es Profesor de Historia en la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE, Argentina) desde 2006, habiendo obtenido el doctorado en Historia en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC, Argentina) en 2014. En la actualidad da clases de Historia de la Historiografía (UNNE), Fundamentos de Sociología (Universidad de Ciencias Sociales y Empresariales, UCES) y de Ciencias Sociales (UNNE). Es, además, docente-investigador en el Proyecto “Políticas de memoria y usos públicos de la historia en el Nordeste argentino” (UNNE) y miembro del Grupo de Historia de la Historiografía. Entre 2008 y 2013, disfrutó de becas de investigación de la Secretaría General de Ciencia y Técnica de la UNNE, publicando varios artículos en revistas especializadas referidos sobre todo a cuestiones de historiografía argentina reciente y a problemas teórico-metodológicos de la historia.

Fecha de recepción: 13 de octubre de 2014.

Fecha de aceptación: 3 de junio de 2015.

Fecha de publicación: 30 de junio de 2015.

Para citar este artículo: Tomás Elías Zeitler, “Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur”, *Historiografías*, 9 (enero-junio, 2015): pp. 65-80.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/9/zeitler.pdf>